

LOS CUADERNOS DE TAIZÉ

12

Hermano Luc

Voces de Pascua

Para Charlotte y Martin

«¡Cristo ha resucitado!»: este anuncio es el corazón del mensaje de los cristianos.

Los relatos de Pascua nos lo cuentan: los que habían estado más comprometidos en el seguimiento de Jesús descubren que Él está más allá de la muerte y que les confía una responsabilidad urgente.

Estos ecos independientes de algunos testigos de la pasión y de la resurrección invitan a dejar que esta historia se asocie a la nuestra y la ilumine.

«Locura para el espíritu», la Resurrección proclama que es Dios quien se abre camino en nuestro mundo. Nos ofrece conocerle mediante una comunión con Él. Sólo tengo que creerlo. Pero creerlo me mantiene vivo.

Simón el Leproso

Ese día, por poco me ahogo de indignación: que una desconocida irrumpa en mi casa, en plena comida con mis invitados, ¡eso sí que rebasa ya el decoro! Pero además, esta exaltada ¡se permite evaporar en cuestión de segundos el salario de un año entero! En vez de malgastarlo, mejor habría sido que lo hubiera donado, así se habría guardado para un caso de necesidad.

La cólera ocultaba nuestro orgullo y nuestra ceguera. No conseguíamos apartar nuestro espíritu de todo ese dinero volatilizado. Nosotros estábamos siempre calculando nuestra salvación y temíamos ser acusados de una mala gestión. Ayudar a los pobres ¿no es una buena acción que será tenida en cuenta el día del juicio? La libertad de la mujer nos ha sorprendido y ha despertado una inquietud.

En el fondo, ¿no desearíamos vivir tan intensamente como esta mujer y mostrar el mismo arrojo? Pero permanecíamos preocupados de nosotros mismos, temiendo demasiado perdersnos.

¡Ella nos señalaba a Jesús y nosotros mirábamos los fragmentos del vaso de alabastro! Por Él, ella ha desafiado las normas al uso para proclamar: «Un instante de tu vida vale más que este perfume. Yo he recibido mucho más de ti. Tu me has hecho redescubrir que la vida es un regalo antes que un combate. Yo puedo dar a mi vez, nada puede impedir que lo haga»

Jesús iba a amar y dar más allá de toda medida. ¿Hasta qué punto, pues, no han de estar ellos escandalizados?

Si Jesús ha suscitado una audacia tal en el inte-

rior de esta mujer, Él puede también motivar en cada uno de nosotros una resolución parecida. Si queréis ser liberados del miedo y de la cólera para poder amar como ella, entonces miradle y seguidle. Vais a estar desconcertados y sorprendidos. Pero Él os abrirá un camino...

Judas

Está hecho, he indicado al jefe militar de la guardia del Templo dónde pasaremos la noche. El prendimiento se podrá hacer de forma discreta. ¡La hora de la verdad se acerca! Jesús se va ver obligado a revelarse. Esta vez, no podrá dejarlo para más tarde.

Es necesario que sea reconocido, de entrada por los responsables del pueblo. Tiene que asumir sus responsabilidades. Es urgente: ¡Es tanta la gente cansada de esperar sin que nada se vea venir! Se abusa del nombre de Dios, es utilizado en provecho propio por personas sin escrúpulos que no buscan sino enriquecerse y asegurarse el porvenir.

¿No debe el Mesías liberarnos, restaurar la dignidad de nuestra nación, la santidad de nuestro culto e instaurar su Reino? ¿Acaso importa esta maniobra si el fin es loable? Ella va a reducir en mucho los sufrimientos y a acelerar la salvación. ¡No quiero perderme ese día!

Es cierto que hay una duda que ha ido creciendo en mí desde hace algún tiempo: Jesús ha tenido pensamiento sombríos. Y esta tarde cuando se ha puesto a lavarnos los pies, como un criado, he comprendido

que no había que demorarse más. ¡Temo que se resquebraje y se venga abajo! No faltaría más que dejara el combate tan cerca del final. ¿Tendría miedo? ¿Teme provocar una revuelta y causar víctimas?

Apenas se parece ya al maestro que enseñaba con autoridad y levantaba entusiasmo entre la muchedumbre. Si continua abajándose así ¿cómo puede esperar que le reconozcan? No es para acabar en este callejón sin salida que lo he dejado todo.

Si renuncia, traiciona nuestra causa. Si no dice nada, es cómplice de la mentira y de la injusticia. Si Jesús es el Mesías, debe manifestarlo abiertamente y todos le aclamarán. Si no es más que un impostor, deberá asumir el fracaso de su empresa y la decepción de todos los que habrá descaminado. Debemos saber a qué atenernos. Yo no continuo sin una garantía clara.

Santiago

Yo estaba allí cuando lo prendieron. Toda una banda armada surgió de la noche, con los soldados del Sumo Pontífice como si se fuese a prender a un salteador peligroso. Si al menos se hubiese resistido, nosotros habríamos reaccionado... Pero Él fue a su encuentro, y se entregó. Cuando vimos que se dejaba llevar, todo se embrolló. Nosotros huimos. ¿Cómo decidió que aquel era el momento? ¿De dónde ha sacado su determinación?

Acabábamos de celebrar juntos la Pascua. Nos había hablado de su muerte cercana, de traición y nosotros,

nosotros no nos dimos por enterados. Después de recitar los Salmos, salimos. Él quería seguir rezando y nosotros nos caíamos de sueño.

En el huerto de los Olivos habíamos encontrado un respiro lejos de la muchedumbre y de las intrigas. Últimamente, la tensión había aumentado más si cabe, le buscaban. Algunos habían querido disuadirle de hacer la peregrinación. Pero nosotros no queríamos que se echase a perder su manifestación como Mesías. Entonces, una vez más, le habíamos seguido.

Ahí fue donde sintió angustia. Él sabía que la amenaza era inminente cuando nosotros estábamos bien lejos de darnos cuenta. Plenamente consciente, Él anticipaba el despojamiento y la exclusión que le esperaban.

A lo largo de toda su vida, había combatido paso a paso el sufrimiento. Denunciado el fatalismo y la resignación y recordado que Dios no ha creado el mal, ni desea el sufrimiento del ser humano. En vez de rehuir o protegerse, ha consolado, sanado, ayudado, a los que encontraba. ¿Poco importaba si era el sabbat o si le tendían una trampa! Quien le pedía que le ayudase era más importante que su reputación o su propia seguridad...

Siempre tan seguro, de repente nos ha parecido vulnerable y disminuido, como si ya no viese la ruta. De siempre había pasado largas horas, inmerso en Dios, en escucha íntima para consentir a la voluntad del Padre y reconocer el camino. ¿Iba a renunciar, convencido de que ya no había sentido por el que seguir adelante? En ese caso, habría podido evitar el conflicto, dejar

Jerusalén y encaminarse hacia el desierto. Habría bastado con esperar que las cosas se decantasen y entonces hacer que la situación virase a su favor... Pero siempre había denunciado las voces que nos retienen prisioneros de nuestros miedos. Poniéndose a salvo, se hubiera hallado sólo y renegado de sí mismo.

Él reposaba en la mirada y la espera de Dios. Sabía que era la alegría, la felicidad del Padre que le había confiado todo. En respuesta, Él se entregaba por entero.

Nosotros habíamos esbozado miles de planes pero el fracaso nos era insoportable. Preferíamos conservar la imagen del maestro inquebrantable y de un Mesías según nuestra conveniencia. Nosotros ya le habíamos abandonado pero Él velaba por nosotros. Tres veces nos encontró dormidos. Fue nuestra debilidad quien lo dispuso. Para liberarnos de la ceguera y del miedo que nos aprisionaba, mostró una vez más que nada podía impedirle su entrega.

Al final, es Él quien nos ha alentado y nos ha puesto en marcha. No nos cabía duda de que aquellos eran sus últimos momentos junto a nosotros. Se dejaba prender para enviarnos lejos mar adentro.

José de Arimatea

Se me había requerido urgentemente la noche en que Jesús compareció delante del consejo supremo de nuestra nación. El proceso estaba siendo improvisado en medio de una gran agitación. Las contradicciones

entre los testigos ridiculizaban la acusación. Su inocencia se hacía cada vez más evidente.

Él no había temido denunciar los mercadeos organizados en el Templo y la explotación de los fieles por una casta dominante que protegía sus privilegios. Unos temían un competidor, otros estaban ciegos de envidia. Su determinación y su independencia inquietaban. ¿Había peligro de que enardeciese a la población y la arrastrase a una revuelta? Eso habría causado una represión y arruinado largos años de delicada gestión de negocios. Nosotros debemos proteger al pueblo de su ignorancia y de sus pasiones. Oficialmente el gran consejo no deseaba otra cosa sino servir al bien común. Pero sabíamos que la decisión de eliminarlo ya se había tomado. Nuestros jefes sólo buscaban legitimar su sentencia. Bajo pretexto de proteger la religión contra un usurpador, estaban dispuestos a sacrificar la verdad y la Ley. Si hubiesen temido a Dios, no habrían cometido un acto así. ¡El proceso amañado de un inocente probaba la culpabilidad de sus acusadores!

Frente al desorden y a la tensión crecientes, Jesús permanecía dueño de sí. Su silencio nos mostró el descrédito de los sacerdotes del gran consejo. Todos nosotros estábamos llenos de miedos y enredados en nuestros cálculos, sólo Él era realmente libre.

Lejos de procurar desinflar el asunto, el Sumo Sacerdote lo puso de relieve para hacer caer a Jesús en la trampa. Pensaba que iba a perder su seguridad y abandonar la partida. En ese caso, habría defraudado a sus seguidores y nosotros le habríamos neutralizado evitando así un escándalo... Le provocó con tosquedad.

Fue entonces cuando Jesús nos sorprendió: no sólo se declaró sino que se propasó al asumir ser «el Hijo del hombre, que está sentado con Dios y viene sobre las nubes del cielo» para inaugurar el Reino de Dios.

¿Inconsciencia o huida hacia adelante? Esta audacia era inaudita. Jesús ponía el listón tan alto como nadie habría podido jamás imaginar. La cuestión revelaba algo más profundo en juego: ¿se trataba ahora de la esperanza que hacía vivir a nuestro pueblo de generación en generación!

Cada uno era muy dueño de sacar sus propias conclusiones. Sin cálculo ni ambición personal, Él era el único digno de fe. ¿Pero cómo seguirle? ¿Cuántas resistencias que superar para apoyarse en su palabra! Si no creo en Él, no es más que un perdedor pretencioso. Pero si lo tomo en serio, ¿qué paradójico es el camino de salvación que se dibuja...

El Sumo Sacerdote se escandalizó de aquello. Según Él, el Mesías no podía presentarse más que como vencedor glorioso. Un prisionero solo, impotente y silencioso, no podía ser sino un peligroso impostor o un irresponsable que engañaba al pueblo. Tenía su cargo de acusación: la ofensa contra Dios. Esto bastaba para captar los votos de los indecisos. Quién no señalase la blasfemia ¿no se convertía en un traidor? El Sumo Sacerdote nos tomaba a todos como testigos. Su cuestión nos interpelaba más de lo que hubiéramos deseado: «¿Qué Mesías espero? ¿Cómo debe cumplir su misión al servicio de Dios y de los hombres?» La vileza paralizaba nuestro juicio. Sólo Jesús nos alumbraba, su mirada bondadosa nos liberaba de nuestra

complicidad y nos solicitaba lo más íntimo de nosotros mismos.

Él no buscaba argumentar para pleitear y convencer. Ha ofrecido su paz hasta el extremo. Su juicio está desde ahora ya en camino. Él no condena a las personas sino que las libera de la mentira. ¿Pero cómo puede Dios revelarse mediante la víctima inocente que nadie reconoce?

Pilato

De acuerdo con nuestro derecho, no merece la muerte. No ha cometido ningún crimen. No tengo odio contra Él, antes bien piedad. ¡Qué avispero! Él muere por una disputa de ideas, la envidia de unos fanáticos. ¡Si le complace ser rey de otro mundo! Mientras que no tenga tropas no es peligroso, pero la gente es tan susceptible cuando se trata de su religión. Ellos quieren proteger su Templo. Es un asunto que no tolera competencia alguna. Con todo, no se merece hacer tal drama de ello. Pero Roma quiere la paz y yo debo procurarla: sobre todo, ¡fuera indecisiones!

Estoy dispuesto a liberar a este místico. ¡Si al menos me hubiera ayudado un poco! Pero frente a esos zorros rabiosos, permanecía demasiado altivo. Habría debido denunciar el mito construido en torno a Él, un encojimamiento de hombros hubiera sido suficiente. Todo el mundo habría comprendido que era una historia por la que no valía la pena importunarme. Al contrario, Él se tomaba todo en serio, no quería renunciar a la

fe que un grupo de exaltados había depositado en Él, más bien la radicalizaba.

Los sacerdotes del consejo se mostrarán menos altaneros cuando el pueblo comprenda que han temblado ante un pobre galileo sin defensa. ¡Qué hipócritas! Ellos, tan preocupados por la pureza y por la santidad, no han vacilado en suprimir a este inoportuno! No me dejes engañar por sus maniobras pero el representante del imperio más poderoso del mundo no va, sin embargo, a dejarse impresionar por la suerte de un profeta provinciano, y aventurarme a encontrarme con una acusación ante el César.

Más vale que dé una muestra de firmeza y recuerde el precio por sembrar alboroto y poner en entredicho nuestra autoridad. Nada como un buen ejemplo para calmar los ánimos. Este método nos ha dado buen resultado en todas partes para contener a los bárbaros. Pacificamos y edificamos el mundo sobre el cimiento del terror bien cuidado.

Simón de Círene

Yo, desde el principio, quería volverme. Los gritos, la multitud, los soldados no presagiaban nada bueno... ¿Qué ocurría? Entonces le reconocí, en medio del torbellino, miserable y digno. Un soldado me requirió. Me encontré junto a Él. He llevado el madero en el que ha muerto.

El pesado travesaño me machacaba el hombro y, en el tumulto, mi brazo apenas podía sostenerlo. El

camino subía y yo me concentraba para no tropezar. ¿Cómo le había ocurrido esto? Apenas hacía unos días que había entrado en Jerusalén en medio de aclamaciones. Algunos habían tenido seguramente interés en hacerle callar. Pero un maestro de religión, ¿no es un agitador político ni un jefe de salteadores!

Para justificar la sentencia, había que presentar al condenado como un enemigo peligroso y un traidor despreciable. Las injurias y los golpes llovían sobre Él. La gente era como perros que se ceban en la carne. Sólo Él conservaba la humanidad.

Él subía, caía, continuaba sin queja, sin cólera, sin pánico. Él era quien me daba ánimos.

El criminal crucificado

Nadie guardará un buen recuerdo de mí. Antes bien, todos se alegran de que desaparezca. Mi compañero de infortunio, condenado conmigo, forcejea como una bestia salvaje que ha caído en la trampa. Vomita su odio contra todo el mundo. Se burla del nazareno. Pero el cinismo oculta mal su desesperación. Porque nos hemos creído con todo el derecho del mundo, ¿no somos nosotros los únicos culpables de estar donde estamos?

Habíamos querido convertirnos en los dueños y señores de nuestras vidas, sin ley ni Dios de quien fiarnos y a quien rendir cuentas. Nos creímos fuera de alcance y todopoderosos pero no habíamos hecho otra cosa que destruir. Habíamos creído que el odio sería

nuestra fuerza. Pero el odio no ha hecho sino aislarnos más y más. El mal nos la ha jugado. Hemos perdido y nuestra muerte es infame. Sabíamos a que nos exponíamos, tenemos el castigo que nos hemos buscado.

Para asemejarse a los demás y vivir humanamente, habría que haber tomado el camino de la paciencia y la dulzura, como Jesús. Él consuela a sus compañeros e intercede por sus enemigos. ¿De dónde le viene esa fuerza?

En fin ¡alguien que no me teme y que no se alegra con mi muerte! Él abre la prisión del odio donde yo estaba perdido. Comprende mi clamor y se deja tocar por mi angustia. Cuento para Él, ya no estoy más sólo. Me asegura que mi fin no es el castigo de Dios por mis faltas.

Está agotado y a pesar de ello ¡más fuerte que la violencia de sus verdugos! Voy a mirarle hasta el final. Él me da paz. Le puedo pedir todo, confiarle todo. Hasta la muerte, la acoge como un don de Dios, Dios no me negará esto tampoco. Será el camino para encontrarle pronto en su Reino.

El discípulo que Jesús amaba

Al pie de la cruz, aquí estamos por Él. En nuestra inmensa pena, rechazando el mal y sin embargo impotentes, ya somos libres.

Aquella que le había traído al mundo lo acompaña hasta el final. Alumbramiento del parto de toda una vida, consentimiento fiel a dar cada instante de la vida

de su hijo para dejarle cumplir una misión que sobrepasaba toda ambición.

Ella no ha dejado que su corazón dejara de mirarle ni un sólo momento. Soporta ahí de pie, con ese consentimiento que nunca ha reclamado un respiro. Su hijo es quien la acoge en la verdadera paz y en una proximidad más fuerte que el más fuerte vínculo de sangre.

Ella es su discípulo más fiel. La primera en haberle escuchado y seguido. Su camino no ha sido sino la profundización de su sí inicial. Calla para escucharle sólo a Él, para llenarse de su don y de su espera. Se ha convertido de nuevo en su madre al hacer su voluntad.

Permanecer fiel a Jesús será obedecer a su palabra. En el mismo instante que le perdemos, Él nos lleva a amar como Él nos ha amado.

María

Todo está a punto de terminar. Ha bebido un poco de vinagre. Ya está al final, por fin va a ser entregado. ¿Cómo habría podido retenerle? Ahora su hora ha llegado. ¿Habría podido imaginarla así? ¿Pero no es Él quien me muestra el camino? Se ofrece sin ver, con determinación, mientras que nadie imagina lo que ahí se mueve.

¿Puede una madre abandonar a su hijo? En ninguna otra parte podría estar sino aquí, con Él. Nada ni nadie me lo podría impedir. Guardo todo en mi corazón y llega el día en que lo contaré. Él es quien

me sostiene y me conduce más allá de lo que yo habría podido desear. Él no se ha cerrado ni desanimado. El no mira el mal que pretende invadirlo todo. Ni las provocaciones, ni los abandonos, le han hecho desistir de ir hasta el extremo, por Dios y por nosotros. Con Él, estamos totalmente inermes pero sin miedo y sin odio. Podremos atestiguar que lo ha dado todo.

Desde el primer día en que Él se me confió ¿habría podido decirle otra cosa que no fuera que cada día se lo devolvía a Dios? Una madre sabe que se ama antes de ver. Es ahí donde una existencia se teje. La vida no se domina, sólo se puede dar y todo nacimiento es una travesía por lo desconocido que desemboca en la alegría de una nueva presencia en el mundo. Al pie de la cruz, sin aún saber, una madre puede creer que esta pasión es otro tránsito.

Él retira el barniz que la mentira había colocado sobre la muerte para persuadir al hombre de reconocer ahí la causa de sus males, el precio que pagar por sus faltas. Esta caricatura era el punto de apoyo del chantaje para llevarnos a renunciar: ¿Para qué vivir si todo está destinado a la nada? Él desvela el rostro original de la humanidad que Dios esperó desde siempre: en su presencia, un otro, se entrega por entero, libremente.

¿Puede una madre ser dada a luz por su propio hijo? Hoy, Él es quien tira de mí por el camino de la vida. Me invita a ser madre una vez más. La cruz no ha ahogado el canto que había hecho manar el don de Dios porque Él ha sido fiel hasta el extremo. El don cumplido alimenta el mismo canto que el don recibido.

Grande es el Señor.

El centurión

Yo mandaba la escolta que debía ejecutar la sentencia del gobernador. Tenía que rendir cuentas de la muerte de los ajusticiados. Seguí todo y allí estaba cuando el Nazareno expiró.

Provengo de los rangos del mejor ejército. He aprendido el oficio en la campañas militares, la defensa de las fronteras, la represión y el mantenimiento del orden... La locura salvaje, me la he cruzado en más de una ocasión. La razón de nuestra presencia allí era contenerla. Garantizar la seguridad frente a los violentos de todo tipo, hay que ser fuerte. Si no estas seguro de ti y de tu misión, no podrás resistir cuando llegue la hora de cumplir con el deber.

A lo largo de toda mi carrera, mi deber ha sido instruir hombres o enfrentarme a ellos. Para descubrir lo que sostiene a cada uno hay que escucharle la noche anterior a la batalla: ¿a quién nombra? Aquellos que nada tienen que perder pueden derrumbarse tan rápidamente como se exaltan.

¿Hay una vela de armas más seria que los últimos momentos de un condenado antes del suplicio? Todo el mundo ahí es igual. No hay ningún momento de la verdad más eficaz. Algunos maldicen al padre y a la madre, otros caen en el delirio. Un criminal se queda atrapado en la rebelión o el miedo, se oculta a sí mismo la violencia que ha cometido.

Los condenados, he conducido a muchos, éste me ha sorprendido ¿De dónde saca su fuerza, el endeble asceta, flagelado y molido a golpes? Entrar en combate

en orden cerrado de batalla cuando uno esta entrenado y bien equipado ¡bien está!, pero Él estaba desnudo y solo, y el fatal desenlace estaba asegurado de antemano ¡No se sufre tanto por las ideas!

¿Acaso alguien ha comprendido? Vinieron como se va a los juegos a ver a los gladiadores azuzar a las bestias. Algunos esperaban un milagro o la venida de un profeta que les liberase. Siempre están dispuestos a conceder su favor al vencedor. Sueñan con un Dios aclamado porque triunfa, que fuerza la admiración. Pero hoy las tinieblas han cubierto todo, Dios no ha resistido, Él no se ha impuesto.

Se han dado un gran susto y se han dispersado aliviados de no haber corrido la misma suerte. ¡Si supieran que hay inocentes entre los condenados y que para contener mejor al pueblo el poder castiga a los audaces!

¡Qué lección! Él lo ha soportado todo, ha mostrado hasta donde podía conducir el mal. A que te desanimas con la humanidad. Si no fuera porque Él estaba allí, el único que no se retira. No prestaba atención a su sufrimiento, ni ha maldecido a ninguno. Creíamos que lo teníamos pillado, es Él quien nos guardaba todo el tiempo y oraba por cada uno de nosotros... Nadie será alcanzado por su venganza sino que todos serán perseguidos por su perdón.

¿Quién ha oído nunca hablar de un hombre que se sacrifica por sus perseguidores y salva a sus enemigos de la violencia? Si este crucificado ha seguido siendo bueno hasta el extremo con sus perseguidores y sus verdugos ¿con quién ha podido ser malo?

¿Cómo ha podido llegar hasta el final del camino? ¿Cómo podía todavía esperar en ellos? Esto sobrepasa las fuerzas humanas. Sólo Dios puede soportar de este modo a los malvados y desear la vida para todos.

Las mujeres junto a la tumba

Había que terminar los funerales de Jesús. El gran sabbat los había interrumpido. Habíamos preparado ungüentos y aromas para salir al alba. Las imágenes de su pasión y los gritos de odio tronaban aún en nosotros. Tristeza, cólera, desconcierto o estupor se iban turnando.

¿No nos había animado pacientemente a creer que Él era el Mesías prometido por Dios para inaugurar su Reino de paz e iluminar a todos los pueblos? Los signos que había hecho ¿no los hacían los antiguos profetas? Pero ellos lo han rechazado, han persistido en su orgullo y su ceguera. Se han burlado y lo han perseguido. Han preferido la mentira y la violencia para hacerse señores del mundo. ¿Va a ganar el mal, y los hombres serán por siempre sus prisioneros? ¿Está nuestra esperanza muerta? ¿Se ha hecho fracasar a Dios? ¿Porqué no ha resistido? ¿Por qué este silencio?

Estas preguntas se encadenaban sin fin. Sin embargo estos enigmas no podían tener punto de comparación con lo que había pasado. Era demasiado desmesurado para ser un error o la conjunción de bajezas, envidias y fanatismo. Este encarnizamiento contra el inocente

que se ha congado a Dios y a los demás ¿no sobrepasa toda razón?

Cuando su tumba parecía hacernos volver a la desgracia, ¡Es ahí donde Dios nos ha sorprendido! Fuimos sobrecogidos de pavor. Más allá de la pesada piedra que había sellado la separación y encerrado a Jesús en la oscuridad, el silencio y la caducidad, su mensajero nos aguardaba. Dios no había rechazado el despojamiento de un crucificado, ¡no sentía vergüenza de estar allí! Él nos ha desvelado entonces lo que ninguna inteligencia podía imaginarse:

«No os dejéis sobrecoger por el miedo. No estoy encolezado, no reprocho nada, no acuso. Ellos han asesinado a mi Hijo pero no voy a vengarme, no deseo castigar a nadie, la violencia me es ajena. El mal se jacta de haber triunfado, sin embargo Él no tiene ya poder alguno sobre vosotros. No temáis nada.

No habéis venido únicamente a cumplir un deber, finalizar los ritos y regresar a vuestros hogares, encontraros con vuestros recuerdos y hacer duelo. Buscáis al que ha dado su vida en la cruz. A pesar de la pena tan inmensa, las contradicciones y la inquietud, no podéis olvidarle porque no deseáis dejar de amarle.

Él es lo más importante para vosotros, os habéis quedado hasta el final, le habéis traído a esta tumba. Podéis atestiguar que nada le ha hecho desviarse de su camino. No se ha protegido, no ha rehuido la confrontación con el mal, sino que ha entregado su vida hasta el límite, ni siquiera la muerte se lo ha podido impedir. Él es el amor más fuerte que la muerte. Queréis conocerlo para vivir de Él. Es Él a quién buscáis.

Ha resucitado, no está dormido. Reducido al silencio, no ha sido destruido, Él está vivo. La muerte no ha podido impedirle amar. La muerte no le ha engullido, Él es quien la ha reunido en la vida.

He callado hasta aquí, ahora puedo pregonarlo: Él ha logrado su misión, no estoy triste por Él, me siento orgulloso y agradecido y os invito a entrar en mi alegría. Es Él quien ha cumplido mi esperanza desde la creación. El primero en responder completamente a mi espera. Si los seres humanos, en su libertad, me han podido excluir, Él da testimonio de que el hombre puede también amar más que ninguna otra criatura.

Él no ha sostenido ningún cargo contra ellos. No ha rechazado a ninguno. No ha dejado que el miedo o el desánimo los separasen de Él, los ha llevado consigo, no ha dejado de creer en ellos. Completamente solo en la cruz, Él mismo ha intercedido. Nadie nunca me ha pedido tanto: «Padre, perdónalos, no saben lo que hacen».

Nadie nunca ha confiado tanto en mí. Al permanecer fiel hasta el extremo, Él se ha internado en mí hasta una profundidad jamás alcanzada. No le he detenido, ni le he impedido amar hasta ahí. En la cruz, me he dejado desnudar, no por los malvados, sino por el amor de Jesús. Libremente, se ha desprendido de todo. Completamente solo, las manos desnudas sobre el madero de la cruz, ha quitado a la muerte la careta que hacía verla como un castigo, como un enemigo temible. La ha acogido como la posibilidad de esperar todo y de ofrecer todo.

Yo he aceptado todo, no he desechado nada, hasta su cuerpo entregado, hasta su sangre derramada, los he acogido como una ofrenda preciosa. Cuando los hombres me

han echado, cuando las tinieblas han cubierto toda la tierra, sólo Él ha permanecido abierto, en Él he podido reposar durante toda esa noche. Ha sido mi consolación. Nunca he deseado ninguna otra morada que no fuera el sí libre de un corazón humano. Él me la ha ofrecido. Ha testimoniado que el ser humano, aún quien menos tiene, hasta en el umbral de la muerte, puede ser mi morada. Mi presencia en el mundo pende del hilo de la bondad humana. Él me ha acogido por entero en sí, ahora soy yo quien le acoge en el Cielo.

Dejad vuestros unguentos y lo que habíais previsto. Aunque no le entendáis, habéis aceptado su amor. La muerte no ha podido quitaros nada, le encontraréis si le buscáis todavía. Os precede, no deja de esperaros, allí donde dos o tres están reunidos en su nombre y por los senderos de Galilea, entre los que no piden más que un vaso de agua fresca.

Si Él ha entregado su vida por los hombres, vosotros podéis amarles. Si ellos tienen tanto valor a sus ojos que no ha querido perder a ninguno, también vosotros podéis servirles. A vosotros os toca ahora vivir el don de vosotros mismos, en el espíritu de Jesús, en medio de aquellos que no le conocen... Si acogéis a los más pequeños de sus hermanos, viviréis con Él y Él hará morada en vuestro corazón.

Tomás

¿De verdad era el crucificado aquel que mis compañeros daban por vivo? Sus declaraciones no despertaban en mí más que miedo a la desilusión.

Había visto claramente que Jesús iba a la muerte. La suerte estaba echada una vez que decidió subir a Jerusalén.

Los hombres malvados y estúpidos le habían hecho fracasar ¿cómo podrían haber merecido ellos la salvación? Yo me negaba a callar este escándalo y no quería oír más.

Él se ha abierto camino a través de mi repulsa y me ha salido al encuentro en mi aislamiento. La presencia de quien lo ha entregado todo, es el don que os abre al otro y a la vida.

Mediante sus heridas que habían hecho que huyese despavorido, mediante su cuerpo al que habían dado muerte, hasta ese punto le había llevado su entrega, me ha interpelado con más fuerza; como ningún discurso podría haberlo hecho jamás: «No permitas que tu pena y tu desdicha te mantengan bajo su dominio. ¿Acaso no estoy yo libre y vivo tras la prueba? No seas un obstáculo para la vida. ¡Sé conmigo servidor del don de Dios!»

Vivo hasta en la muerte, tú eres el maestro de la vida y de la muerte. Presente más allá de la muerte, tú eres el origen de la vida.

Tu paz que ofreces incluso en la cruz ha disuelto mis rebeldías y me saca de todas las pesadillas. Tu dulce presencia ha espantado mi pena, tu humildad

ha lavado mi vergüenza. Tu perdón ofrecido a todos mantiene mi corazón abierto. Tu vida por Dios hasta el extremo, me despeja un camino a través de la más grande de las soledades.

Nada de lo que pueda conseguir podrá saciarme... No quiero ya tocarte, ni quiero ya comprenderte, concédeme todos los días de mi vida reposar en ti.

Simón, hijo de Juan

Cuando te me has aparecido pobre, sin voz, sin descanso, tu sed al descubierto, sin protegerte pero entregándote otra vez y esperándolo todo de mí, has parado en seco mis introspecciones y me has quitado un peso de encima.

Porque te quedas sin más, sin otra certeza que no sea la de amar para vivir, tú espabilas mi corazón distraído. Tú lo liberas del intrincado laberinto de inquietudes, tú lo apartas de falsos pudores y apocamientos.

Antes de que yo lo hiciera, has creído que podía amarte, por encima de todo y para siempre. Tu espera fiel es promesa de un don que puede crecer. Tu fe en este "siempre" desvela una eternidad muy próxima. Gracias porque, al fin, te lo puedo decir.

Mi corazón estaba como enterrado frente a tantas advertencias graves. Al invitarme a acogerte, me has concedido apoyarme en ti.

Por mucho tiempo, he permanecido atrapado por esta fatalidad: «No puedo amar». Esto no era más que

el reverso de tu invitación olvidada «¿Aceptas dejarte amar?»

No conoces cuál será mi respuesta y nada puedes hacer pero tu la deseas más que cualquier otra cosa. Nada puede determinarla pero tampoco nada puede impedírmela. Ahí es donde deseas quedarte.

Me has enseñado a dar lo que no tenía, a través mi incredulidad y desde mi soledad.

Un habitante de Jerusalén

Como cada año las calles hormigueaban de peregrinos que subían para la fiesta. Habían venido de todas la provincias del país y de la diáspora para celebrar la Alianza de Dios con su pueblo.

La condena del nazareno que había turbado la última Pascua parecía olvidada. En sus comienzos, Él había suscitado una gran esperanza pero su última subida había resultado fatal para Él había caído en una trampa.

El día principal estalló el incidente. Un fuerte ruido alertó a la gente. Reconocimos a los galileos. ¿Se habían pasado con el vino? Salían de su escondrijo sin miedo y fraternizaban con todos. ¡Que estupefacción descubrir a los discípulos de Jesús que habíamos creído en desbandada, libres y alegres: ellos no reclamaban nada y no denunciaban a nadie, de su boca sólo salían cantos de gratitud y de paz!

Entonces Simón, el pescador de Cafarnaún, tomó la palabra con seguridad:

«La sabiduría, la fuerza, la voluntad de Dios en los pobres como nosotros: ¡es el Espíritu Santo que nos ha sido comunicado para vivir el perdón y compartir lo que hemos recibido! Dios ha sido fiel a su promesa. Nuestros profetas habían anunciado lo que hoy se cumple. Vosotros mismos sois testigos de ello: el Señor envía su Espíritu. La comunión con Dios se concede sin reservas, como el mismo Jesús la ha vivido. Porque a quien vosotros habéis condenado como peligroso usurpador, Dios lo ha manifestado como su Siervo y su Hijo amado. Dios lo ha acogido junto a Él.

Tampoco nosotros habíamos comprendido. Pero Jesús está vivo. Yo mismo que lo había negado por miedo y vergüenza, lo he visto. Es Él, el crucificado, quien me ha alzado de la desesperanza que me había engullido.

Dejad toda preocupación a un lado y volved a Él, convertíos, vosotros también, en morada del Espíritu Santo.»

Traducción del francés de Yolanda Candela Pantoja

© Ateliers et Presses de Taizé, 71250 Taizé, France
DL 1103— juillet 2009 — ISSN: 2101-731X — ISBN 9782850402913

Achevé d'imprimer en juillet 2009 imprimerie — AB. Doc, 71100 Chalon sur Saône